

**TESIS SOBRE LA PERIODIZACION DE LA HISTORIA DE LA
LITERATURA LATINOAMERICANA:
¿ANACRONISMO O ILUSION?**

Rafael Gutiérrez Girardot

1

El tema de este Congreso plantea varios problemas previos. Entre los de carácter teórico, sobresalen dos. La ciencia literaria hispanoamericana está dominada por dos tendencias: el formalismo de diversa especie y el actualismo, es decir, la preferencia por temas de la literatura del llamado "boom". Estas dos tendencias son ahistóricas, y la primera es mimética. Esto significa que la ciencia literaria hispanoamericana actual no está en capacidad, por su naturaleza misma, de enfrentarse a un tema que excluye de por sí todo formalismo y todo actualismo. A esto se agrega el segundo problema teórico. El tema de la "periodización" es un tema que por lo menos desde el siglo XVIII y sobre todo desde el siglo XIX no es solamente historiográfico sino de filosofía de la historia porque trata de la conciencia epocal, de la determinación de lo nuevo del tiempo, de una ruptura del tiempo, de un nuevo comienzo con una pluralidad de criterios complejos, no simplemente cronológicos. La actual ciencia literaria hispanoamericana no está en capacidad, por su

formalismo, para dilucidar el problema general de la periodización. Y esta capacidad teórica es necesaria porque antes de hablar de periodización, la historiografía literaria (que es parte de lo que se ha llamado ciencia literaria hispanoamericana) tiene que clarificar su relación con la historiografía general en dos sentidos: en el historiográfico en cuanto debe especificar las comunidades y las diferencias conceptuales e instrumentales que tiene con la historiografía general; y en un sentido propiamente histórico en cuanto debe decidir si es una ciencia histórica autónoma, paralela a la historia general y que con ella sólo tiene de común el nombre o algunas denominaciones (como, por ejemplo, la literatura de la época victoriana), o si tiene una relación estrecha con la historia.

2

El formalismo mimético que también cabría llamar terminologismo, y cuyo abuso ha dado ocasión a que el filósofo Klaus Laermann de la Universidad de Düsseldorf lo caracterice y caricature llamándolo Lacan y Derrida, y el actualismo no han podido percibir, por su propia naturaleza, que la historia de la literatura tal como se había escrito hasta por lo menos los años 50 en Europa, entró en crisis, pero no para ser sustituida por los formalismos, como cabría suponer tras la moda triunfal de los formalismos, sino para revisar sus conceptos fundamentales y elaborar proyectos de cómo fundamentar una nueva historia de la literatura. Aunque algunos de esos proyectos como el de la llamada "estética de la recepción", que ha ocasionado una considerable bibliografía acrítica, ha pasado ya al museo de la fugacidad contemporánea, porque, como el del lector implícito o el de la fijación del horizonte de las expectativas, resulta sólo muy parcialmente practicable, lo cierto es que esta crisis tardía de la historiografía literaria ha afectado también a las filologías modernas, que buscan su superación y su nueva fundamentación no por el camino de cualquier formalismo sino de un trabajo interdisciplinario entre filosofía, historia, teoría de la interpretación o hermenéutica. La revisión y nueva fundamentación es lenta porque la crisis que la

provocó es tardía. No es ésta la ocasión de dilucidar las muy complejas causas de este retraso de la crisis, pero sí cabe decir que ellas están íntimamente ligadas al pasado inmediato europeo, a las diversas fases que la Europa de posguerra pasó para enfrentarse a ese pasado inmediato y para "digerirlo": la primera fase de la negación de la historia por instinto de conservación, si se quiere (de ahí surgieron los formalismos) y la segunda fase de inquisición y refundamentación del pasado mediato, del pasado que explica el pasado inmediato.

3

El mimetismo y actualismo de la actual-ciencia literaria hispanoamericana no ha percibido, por su naturaleza, el horizonte y las motivaciones ideológicas de esta tardía crisis de la historiografía literaria y de las filologías modernas, pero no sólo por la miopía de su horizonte, sino porque la ciencia literaria hispanoamericana es hija de ese monumento curioso y meritorio que fue el mitológico Ramón Menéndez Pidal, quien a su vez fue hijo de Marcelino Menéndez Pelayo, quien a su vez fue hijo de la exaltación romántica del Siglo de Oro español por los hermanos Friedrich y August Wilhelm Schlegel. Todos estos y por diversas razones lograron, junto con otros monumentos de la erudición, como Friedrich Diez o Mayer-Lübke, crear una ciencia decimonónica antidecimonónica que se llamó filología románica: decimonónica porque se constituyó en el siglo XIX; antidecimonónica porque acentuó la miopía que Nietzsche había reprochado a su modelo, la filología clásica, esto es, que se detenía en la mancha de aceite y no llegaba a trazar el cuadro, sustrayéndose así al gran impulso histórico de ese siglo que posibilitó la figura de un fundador y plenificador de ciencia como Theodor Mommsen. La ciencia literaria hispanoamericana tiene pues el doble peso del actualismo y del terminologismo y el de su remota raíz científica. Esta no es la ocasión de explicar los caminos por los que su remota raíz pudo conducir al actualismo y al terminologismo, pues eso correspondería dilucidar a una historia científica de esa actividad que está

por hacer. Pero sí cabe apuntar que, por paradójico que parezca, ese doble peso constituye la posibilidad de reflexionar sobre él, es decir, de someterlo a un examen crítico y de que al hacerlo se puedan convertir estos problemas previos, que son aporías en el sentido originario de la palabra, en el punto de partida de un esfuerzo que responda a la exigencia que hizo Andrés Bello, ya en 1848, en un artículo sobre la "Autonomía cultural de América", es a saber, la de discutir las lecciones de la ciencia europea para darles "estampa de nacionalidad", con otras palabras, la de escribir nuestra historia de la literatura desde dentro, en diálogo crítico, no en actitud mimética con la ciencia europea.

4

Esta propuesta de escribir nuestra historia literaria desde dentro no significa una invocación de nacionalismo, que de por sí es un elemento de la historiografía literaria constituida en el siglo XIX y que hoy ha conducido a su rechazo. Tampoco significa la superación de los problemas venidos desde fuera mediante la sustitución de una influencia extranjera por una influencia nacional. Esta propuesta de escribir nuestra historia literaria desde dentro es la propuesta de un nuevo comienzo que no es arbitrario o revolucionario o semejante al que nació de la negación ideológica de la historia en la Europa de posguerra. Este nuevo comienzo no sería otra cosa que hacerse cargo de una afirmación de Martin Heidegger, hecha en las primeras páginas de *Ser y Tiempo*, y que dice: "El movimiento propiamente tal de las ciencias tiene lugar en la revisión más o menos radical y para ellas transparente de sus conceptos fundamentales. El nivel de una ciencia se determina por la medida en que ella es capaz de una crisis de sus conceptos fundamentales. En tales crisis inmanentes de las ciencias vacila la relación del pensar positivamente inquisitivo con las cosas mismas inquiridas. Por doquier se han despertado tendencias en las diversas disciplinas de recolocar la investigación en nuevos fundamentos". El nuevo comienzo partiría, concretamente, de un examen de lo que la ciencia literaria hispanoamericana

considera sus conceptos fundamentales para determinar si son capaces de una crisis, de decir, si como tales constituyen el movimiento de la ciencia, y para conocer su nivel. ¿Pero cuáles son los conceptos fundamentales de la ciencia literaria hispanoamericana, de la hispanística, de la romanística? ¿Son conceptos fundamentales de estas ciencias, por ejemplo, los géneros literarios o la determinación de la naturaleza histórica o inmanente del texto o designaciones como símbolo o los tropos? Y si así fuera, ¿son estos conceptos fundamentales capaces de una crisis, y si la han tenido de qué modo se ha manifestado? ¿Es crisis la sustitución de un método por otro, de la estilística por la consideración marxista-leninista, de ésta por el estructuralismo, de éste por la semiótica, de la semiótica por un retorno a un nivel filosófico-histórico-estético de la hermenéutica? Indudablemente, la crisis en el sentido científico del término, no es una sustitución de lo uno por lo otro que concluye, por el momento, en una refundamentación y ampliación de lo que fue la ciencia literaria en general antes de la estilística y en la estilística misma, esto es, comprensión e interpretación del texto. En este círculo, la ciencia literaria ha afinado sus procedimientos, ha multiplicado sus clasificaciones, ha diferenciado sus esquemas descriptivos. Pero cuando, por sólo citar un ejemplo, Roman Jakobson concluye en su artículo sobre "Aspectos lingüísticos de la traducción", tras un despliegue terminológico, que la poesía es intraducible y que sólo es posible la "transposición creadora" y que traducción es "la transposición de una lengua a otra", entonces hay que comprobar que en esa suma de saberes que hay que llamar, con un nombre antiguo, "ciencia literaria", el aparato esquemático, descriptivo y terminológico, no significa un movimiento propio de la ciencia. No es, una vez más, la ocasión de explicar la paradoja que implica la conclusión de Jakobson de que ante la intraducibilidad de la poesía no hay otro camino que el de la "transposición creadora". En boca de un lingüista de capital influencia en la moderna "ciencia literaria", esto es tanto como justificar a posteriori esa cantidad de ripios sentimentales que poblaron la literatura alemana del siglo XIX y comienzos del XX, y también los ripios de Guillermo Valencia -sus "traducciones" de poesía alemana- y que se llama "Nachdichtung", es decir, una manera de achacar

al indefenso poeta "transpuesto creadoramente" las lágrimas, los estremecimientos, los delirios del "pospoeta" o "transferidor", para decirlo con una derivación de una palabra científico-comercial de moda, "transfer".

La contribución científica de estas "teorías" a la comprensión de un texto no suele ser mayor que la de viejas formas de lectura como la "filológica" que según Nietzsche consiste en "leer entre líneas". Una crítica a algunas de ellas, como la llamada pos-estructuralista, se inició ya en 1978 cuando el germanista Leonard Forster aseguró que parece que la ciencia literaria actual tiene miedo del objeto de su estudio, miedo de la energía de la obra de arte.

La actual crisis de la ciencia literaria que ha conducido a una clarificación de sus conceptos no es, como lo muestra la llamada "estética de la recepción" una crisis inmanente, sino una crisis externa debida a la insatisfacción que produce, en la práctica, la aplicación de sus esquemas.

5

Pese a que esta crisis externa de la ciencia literaria parezca señalar la crisis interna, lo cierto es que, por el momento, la ciencia literaria europea se encuentra en un momento de desorientación y que no ha superado el círculo estéril. Pero esta situación que cabría llamar de vacío, facilita precisamente la empresa de escribir una historia de la literatura hispanoamericana que haga justicia a su decurso. La ciencia literaria que han aplicado la historiografía, la crítica y los estudios literarios hispanoamericanos ha sido, y no pudo ser de otra manera, principalmente la europea, que ha sido formada para describir y comprender la literatura europea. Aunque la literatura europea ha sido el modelo inevitable de la literatura hispanoamericana, lo cierto es que la literatura hispanoamericana no es completamente captable con ciertos conceptos de la ciencia literaria europea, que participa de lo que Lévi-Strauss ha llamado "eurocentrismo" y que, como se puede deducir de la obra de Antonello Gerbi *La disputa del Nuevo Mundo* (1960) es en el fondo "misoneísmo",

principalmente, de los grandes filósofos. La ciencia literaria europea, ocupada además, con la formación de las literaturas nacionales no tenía cabida para contemplar un desarrollo nuevo, para ser ciencia literaria universal en un sentido semejante al de la "literatura universal" que postuló Goethe y que, en el fondo, es la literatura que Europa considera universal. Sus valoraciones se refieren a una literatura "ya hecha y no contempla la universalización de la literatura" europea mediante una literatura que comienza a formarse en circunstancias históricas diferentes de las que se dieron en la formación de las literaturas europeas. Ante el hecho de que Europa no ha podido reconocer y asimilar, hasta el día de hoy, el acontecimiento del Nuevo Mundo y de que la ciencia literaria europea atraviesa un periodo de agonía pomposamente terminológica y "sistemática", el historiador hispanoamericano de su literatura puede recuperar el vacío que ha dejado secularmente el "misoneísmo" europeo frente a Hispanoamérica y al mismo tiempo poner a prueba la capacidad de los conceptos de la ciencia literaria europea para captar no solamente un desarrollo histórico-literario nuevo, sino también la universalización de la literatura europea, es decir, la participación de la literatura europea en ese desarrollo nuevo y las transformaciones que ella ha sufrido en y gracias a esa novedad.

8

Esto significa que el historiador hispanoamericano de su literatura -y dada la realidad del variopinto "misoneísmo" europeo sólo puede ser un historiador hispanoamericano -tiene la ingente tarea de volver a leer todos los testimonios literarios desde dentro y renunciar a las clasificaciones que se han hecho hasta ahora, como la más habitual, por ejemplo, de la división del decurso literario en tres épocas: Antigüedad, Edad Media, Epoca moderna, que formuló a finales del siglo XVII el historiador alemán Callarius. La aceptación de este esquema, que en su aplicación ha conducido a callejones sin salida, y una determinada ideología, han confluído en el delirio de esas emociones exótico-europeas y de racismo al revés en que consiste el indigenismo, obliga

a encontrar antes de la Edad Media, es decir, de la Colonia feudal una época literaria correspondiente a la Antigüedad, esto es, la literatura pecolombina. Lo nuevo en esta clasificación es que al indio, que no tenía por qué saber qué es literatura, pues la literatura es una configuración europea, lo obligan a posteriori a jugar el papel histórico de Sófocles, de Tácito, de Homero, de Tucídides o de Cicerón. Sometida a esta horma clasificatoria, no es extraño que ante el *Facundo* de Sarmiento se plantee el problema de otro esquema de clasificación, esto es, el de los géneros literarios. Recibidos con el modelo europeo, éstos se van transformando lentamente de acuerdo con las necesidades de explorar lo nuevo —o lo nuevo en lo viejo, si se quiere— y así, *El Periquillo Sarmiento* (1816) de José Joaquín Fernández de Lizardi, deja de asemejarse a la novela picaresca y la suscitación de Torres de Villarroel y se convierte en una peculiar novela de costumbres, cuya calidad estético-literaria es precaria no porque se diferencia del prestigioso modelo español, sino porque constituye una búsqueda de determinar la función del género novela en la nueva sociedad. Pero quien dinamitó, y esa es la palabra precisa, todos los esquemas literarios tradicionales fue Domingo Faustino Sarmiento. Cuando apareció su *Facundo* (1845), en el que se mezclan la lírica, la épica y el análisis, había pasado casi medio siglo desde que Hölderlin había escrito sus fragmentos titulados "Sobre los diversos modos de poetizar", "Sobre la diferencia de los géneros de la creación literaria" y sobre "Cambio de los tonos" (que se publicaron póstumamente), en los que él dilucidaba complejamente la disolución de los géneros tradicionales y proponía posibilidades de mezclas de estos géneros, es decir, trataba de fundamentar teóricamente lo que hizo Sarmiento, de un salto, en el *Facundo*. El que Sarmiento haya realizado espontáneamente lo que divisó teóricamente Hölderlin no significa, pues, que Sarmiento se adelantó prácticamente a un fenómeno de la literatura europea, previsto por Hölderlin, y que comenzó su marcha con la prosificación de la poesía y la poetización de la prosa en *Gaspard de la Nuit* (1842) de Aloysius Bertrand. En este contexto genérico, en el que se encuentran los *Pequeños poemas en prosa* (1868) de Baudelaire, es Sarmiento, pese a la comunidad que los une en la ruptura de los esquemas genéricos, un extraño. Y es igualmente extraño si se lo quiere

explicar dentro de dos esquemas genérico e histórico-literarios: el de la autobiografía y el del romanticismo. Sus *Recuerdos de Provincia* (1850) son, como el *Facundo*, una mezcla genérica de sedimentos de crónicas, de costumbrismo, de historia, de Utopía. Los *Recuerdos de provincia* se diferencian de cualquier modelo de autobiografía. Igualmente, es estrecho resaltar en Sarmiento su rasgo romántico, como por ejemplo, el amor a la naturaleza. Pues el romanticismo supone un clasicismo, y éste no hubo en Hispanoamérica. Fijar el romanticismo de Sarmiento mediante un deslinde de Andrés Bello, de su neoclasicismo, resulta equívoco, porque si se contempla la obra de Bello en su unidad, es preciso concluir que Bello fue "revolucionario", aún en su poesía de forma neoclásica. Así como Hegel fue el intrincado teórico de la Revolución Francesa, así también fue Bello el épico cantor y más que teórico de la Revolución de la Independencia, quien pretendió asegurar y realizar los postulados de esa Revolución. La autocomprensión de Bello y Sarmiento como neoclásico y defensor del romanticismo, no implica que estos instrumentos de la disputa literaria reflejaran ya entonces el sentido y el alcance diferentes de sus obras. Ellos trascendieron y modificaron esencialmente los conceptos bajo los cuales colocaron sus obras. Los ejemplos podrían multiplicarse, recordar el costumbrismo, la novela *Amalia* (1851-1855) de José Mármol, las *Tradiciones peruanas* (1872-1883) de Ricardo Palma, y siempre se podrá comprobar que todos ellos trascendieron y transformaron la poética recibida (neoclasicismo) o el género que escogieron. Con los conceptos tradicionales de la ciencia literaria europea no es posible captar el alcance y el sentido de esas transformaciones. Lo que estaba en proceso de formación, en "busca de nuestra expresión", para decirlo con Pedro Henríquez Ureña, aparecerá siempre como apéndice de valor estético necesariamente reducido.

7

Para intentar periodizar la historia de la literatura hispanoamericana es preciso examinar esa historia como

un proceso en "busca de nuestra expresión" o como proceso de constitución de una literatura nueva que necesariamente trabaja con moldes viejos. Y es preciso, en segundo lugar, fijar el criterio de ese nuevo examen, es decir, qué tipo de historia va a presidir la ordenación del material: ¿una historia literaria autónoma o una historia social de la literatura? En Europa, esta alternativa ha sido una alternativa ideológica: consideración inmanente o consideración marxista-leninista de la literatura. En Hispanoamérica, esa alternativa no es posible. Si se deja de lado la discusión sobre el carácter del texto, esto es, autónomo o históricamente condicionado, una consideración de las circunstancias bajo las que comenzó a formarse la literatura hispanoamericana, es decir, de la literatura de la Colonia y del lapso en el que esa literatura llegó a su primera plenitud, es decir, de la literatura del siglo XIX, entonces se comprobará que la literatura hispanoamericana estuvo siempre condicionada, que fue dependiente de medidas legales-políticas (en la Colonia) y de acontecimientos histórico-políticos (en el siglo XIX). Una historia de la literatura hispanoamericana tiene que ser una historia social, y no sólo por ese hecho, sino porque es la historia de la expresión de una nueva sociedad. ¿Pero qué es historia social de la literatura? Para responder a esa pregunta en el contexto de la historia social de la literatura hispanoamericana, es preciso preguntar: ¿qué es historia social? Si por historia social se entiende, sumariamente, historia no de acontecimientos políticos, sino de los grupos sociales y de las mentalidades, entonces es apenas evidente que un hispanoamericano culto recuerde que los primeros intentos de historia social en el mundo de lengua española se deben a José M. Ramos Mejía con su libro *Las multitudes argentinas* (1899), a Juan Agustín García con su libro *La ciudad indiana* (1900) y al peruano Jorge Basadre con su discurso inaugural del año académico 1929 de la Universidad de San Marcos sobre *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*, es decir, que la respuesta a la pregunta general sobre qué es historia social remite a Hispanoamérica. Una lectura de esas tres obras sorprendentemente olvidadas -en un mundo como el hispánico actual en el que la charlatanería confusa de Octavio Paz, cristalizada en sus especulaciones de *El*

laberinto de la soledad (1951) cuenta con más veneración que la obra histórico-literariamente magistral de José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976) ya no puede sorprender nada —proporcionará al historiador hispanoamericano de su literatura no sólo suscitaciones, sino también material para una Historia social de la literatura hispanoamericana.

8

Antes de periodizar es necesario recuperar múltiplemente: toda nuestra literatura entendida como difícil proceso de constitución de una literatura nueva; la obra de quienes crítica descriptiva y hermenéuticamente han acompañado, fomentado y participado constitutivamente en ese proceso. Con otras palabras, antes de periodizar es preciso fundamentar una ciencia literaria que sea adecuada para comprender y describir la peculiaridad, la novedad de la literatura hispanoamericana. Esta fundamentación debe considerar la tradición crítica e historiográfica hispanoamericana como la base sobre la que se ha de construir esa ciencia de modo que ese trabajo de comprensión e interpretación se convierta en algo vivo, en una parte del todo que va creciendo y el historiador contemporáneo de nuestra literatura no parta siempre de cero y descubra, muy tarde, mediterráneos ya descubiertos. Esa fundamentación exige el trabajo teórico, es decir, en ella se van solucionando los problemas previos que se plantean cuando se pretende ordenar el material de nuestra literatura con criterios y conceptos creados para comprender, interpretar un resultado, no el proceso de constitución de un fenómeno nuevo. Esta fundamentación es el punto seguro de referencia para asimilar críticamente la ciencia literaria europea, en una palabra, para crear ciencia "con estampa de nacionalidad".

Si pues se sigue el camino de la historia social de la literatura, entonces el problema de una periodización de la literatura hispanoamericana, tiene que adoptar criterios completamente diferentes de los tradicionales como barroco, neoclasicismo, romanticismo, cuya validez se ha puesto

recientemente en tela de juicio o bien temáticamente o bien por el hábito de no usarlos. Pero los nuevos criterios no deben ser previos, sino el resultado del análisis y de la recuperación del material. En este sentido, la periodización es una ilusión.

No es improbable que en esta fundamentación de la ciencia literaria hispanoamericana, en diálogo crítico con la europea, se llegue a la conclusión de que la periodización es un mal didáctico menor que, en beneficio de la simplicidad, abrevia y falsifica tanto la realidad histórica como los problemas filosóficos, filosófico-históricos y social-históricos que desde el siglo XVIII plantea el concepto de "época" o "periodo" (que en castellano se usan indiferenciadamente). Uno de esos problemas lo constituye en Europa lo que el filósofo Ernst Bloch llamó "la simultaneidad de lo no simultáneo", es decir, la coexistencia de diversos pasados con el presente. Esta "simultaneidad de lo no simultáneo" que constituye el rasgo sobresaliente de la historia y la literatura hispanoamericanas, anula el concepto de "época" o "periodo", funda precisamente en el supuesto de que todo -o lo que se considera por tal- es simultáneo, de donde resultan abstracciones como el "hombre del Renacimiento" o "el hombre barroco". Por el camino del examen y recuperación de nuestra literatura, de la fundamentación de una ciencia literaria no hispanoamericana, pero sí adecuada a su peculiar novedad, el historiador hispanoamericano se encontraría con el europeo, y entonces, al comprobar que la periodización es un anacronismo, el historiador hispanoamericano podrá decir no que, para decirlo con la frivolidad actualista de Ortega y Gasset, se puso "a la altura de las circunstancias", sino que es de esperar que la disolución de conceptos de la historiografía europea como el de "época", les abra por fin, y en vísperas de la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, las puertas para reconocer práctica, no más verbalmente, la existencia del Nuevo Mundo hispánico.